



La nostalgia restauradora en el conflicto armado en Colombia. Un análisis del texto *¿Dónde está la franja amarilla?* de William Ospina

The Restorative Nostalgia in Colombia's Armed Conflict. An Analysis of *¿Dónde Está La Franja Amarilla?* by William Ospina

Juan Pablo Duque*
Andrea Monserrat González**

Recibido: 04/08/2022 | Aceptado: 16/08/2022

Resumen

Este texto se pregunta por la nostalgia restauradora en Colombia. Para ello, se reflexiona la nostalgia, sobre todo, en los trabajos de Svetlana Boym (2015) y de Leticia Chelius, (2015) y, por otro lado, se pregunta por la validez de la nostalgia en el caso colombiano, procurando comprender cómo emerge la nostalgia en el contexto del conflicto armado a partir del texto del escritor William Ospina titulada *Dónde está la franja amarilla*. (1997). La nostalgia se entiende como un movimiento temporal —político que implica el regreso de una comunidad imaginada (pueblo, votantes, ciudadanía) a un espacio ideal (hogar), utilizando la añoranza al perfilar uno de los tantos pasados existentes —que mitifican, glorifican, restauran y purifican el presente como una aspiración movilizadora para el futuro— con un valor de uso constantemente actualizado. El presente artículo propone la imposibilidad de pensar en una nostalgia restauradora en Colombia por su tradición política fijada en las violencias, los conflictos y las guerras civiles, y por dos condiciones históricas que se desprenden de ello: 1) el Estado y el desencanto colonial, y 2) el enmudecimiento.

Palabras clave: conflicto armado, nacionalismo, nostalgias, Svetlana Boym, conflicto

Abstract

This text poses questions about reparative nostalgia in Colombia. For this purpose, it reflects on a kind of nostalgia based on works by Svetlana Boym (2015) and Leticia Chelius (2015). Furthermore, it questions the validity of nostalgia in the Colombian case, seeking to understand how it emerges within the context of the armed conflict from the text *Dónde está la franja amarilla*

* Colombia- México. Psicólogo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestro en Investigación Psicosocial por la Universidad Autónoma de Barcelona. Maestro en Comunicación del Posgrado en Estudios Sociales y Políticos de la UNAM. Actualmente doctorando de la UNAM y profesor de la Universidad Latina. Contacto: juanpablotuqueparra1@gmail.com

** México. Tesista en el Claustro de Psicología Social de la Universidad Latina. Contacto: andyperiban@gmail.com

by William Ospina (1997). Nostalgia is perceived as a temporal and political movement, which implies the return of an imaginary community (people, voters, citizens) to an ideal space (home). In the present work, longing brings up one of the many existing pasts—which mythologize, glorify, restore, and purify the present as an aspiration for the future—with a constantly updated value in use. This article suggests that it is impossible to think of a restorative nostalgia in Colombia because its political tradition is frozen in violence, conflicts, and civil wars. As a result, two historical conditions emerge: 1) state and colonial disenchantment, and 2) silence.

Keywords: armed conflict, nationalism, nostalgias, Svetlana Boym, conflict

Introducción

Hace frío en la posada. Estoy solo,
Insomne ante mi lámpara.
Mis pensamientos punzan el corazón
del caminante.
Pienso en mi tierra esta noche,
a mil leguas de aquí
Y mañana mi cabello gris
parecerá tener un año más
(Kao Che)

“Un fantasma recorre Europa: la nostalgia”. Así comienza Marta Rebón un artículo publicado en 2016 en el periódico español *El País*. Ciertamente, el sentimiento de añoranza por un tiempo y un hogar perdidos —a los que se desea regresar— no es nuevo. Considerada una enfermedad desde finales del siglo XVII por el efecto que ejercía sobre quienes habían debido alejarse de su patria natal por diversos motivos (Boym, 2015), la nostalgia está presente en gran parte de los discursos políticos contemporáneos.

Para los nacionalismos y sus políticas de la memoria, la nostalgia resulta fundamental al crear un perfil del pasado idealizado, enaltecido y semejante a un paraíso. Ello correspondería a lo que Svetlana Boym (2015) denomina “nostalgia restauradora”, referida a la voluntad de restauración del pasado y de la búsqueda de la verdad absoluta a partir de reconstruir los orígenes, en contraposición a la “nostalgia reflexiva”, que acepta la imperfección del recuerdo y su finitud, en tanto experiencia que relaciona espontáneamente a los sujetos con su pasado (Boym, 2015). Si la promesa de retornar a una supuesta grandeza disminuida en el pasar del tiempo está presente en la arena política contemporánea y encontró en la expresión de Donald Trump *Make America Great Again*¹

¹ Fue el *slogan* de campaña de Donald Trump en 2016. La frase viene de los años 80 cuando Estados Unidos vivía un momento económico desfavorable y Ronald Reagan comenzó a utilizar la frase, aunque también otros presidentes la enunciaron en diferentes discursos, desde Clinton hasta Bush. La frase traducida al castellano es “Volver a hacer América grande”. Es una frase con una carga de nostalgia importante, ya que habla de un pasado perdido y de un momento de salvación y “grandeza”.

una clara expresión —y en este sentido no es casual el creciente estudio de la nostalgia en las ciencias sociales, las ciencias de la comunicación y la ciencia política (Galindo, 1981; Icart, 2017)—, de manera paradójica Colombia, históricamente, se presenta como un caso contrario. ¿Cuáles son las razones para que en dicho país no puedan construirse discursos nostálgicos? ¿De qué manera el conflicto armado imposibilita el desarrollo de añoranzas y melancolías? Las respuestas a estas preguntas están presentes en el ensayo *Donde está la Franja Amarilla* de William Ospina (1997). En este sentido, si habitualmente se estudia un fenómeno desde su prueba, falsación y aplicación, en este caso lo estudiaremos desde su ausencia. Es decir, analizando un caso en el cual la nostalgia no puede operar conceptualmente en su totalidad.

Pensar por la vía negativa no es un ejercicio epistemológico reciente, ya que se desarrolla en distintas tradiciones filosóficas. Ahora bien, el modelo utilizado se encuentra en la obra de pensadores latinoamericanos, desde Enrique Dussel (1988) hasta Luis Villoro (2007) y, básicamente consiste en cambiar el esquema formal para el entendimiento de los conceptos. Tradicionalmente, se ha buscado develar los mecanismos, los principios y la presencia del objeto de estudio. Pero para entenderlos por la vía negativa, por el contrario, es necesario argumentar una ausencia de entendimiento que se deriva de la desagregación entre teoría y práctica. En este caso, es necesario comenzar con un análisis de la nostalgia en un contexto que no tiene que ver con Europa y Rusia, que son los lugares estudiados por Svetlana Boym (2015) en su libro *El futuro de la nostalgia*. En esta línea, y retomando la afirmación de Marta Rebón (2016) señalada anteriormente, la pregunta que surge es si en Colombia el fantasma de la nostalgia existió o, si por lo menos, hay algún material para construirlo. Para comprender la imposibilidad de la nostalgia restaurativa en Colombia se propone el siguiente mapa argumentativo. En primer término, profundizar en el concepto mismo de nostalgia y sus dos modalidades: restaurativa y reflexiva. Y, en segundo lugar, plantear dos argumentos relacionados con la imposibilidad de este fenómeno en Colombia, basados en el texto *¿Dónde está la franja amarilla?* de William Ospina (1997): el Estado y el desencanto colonial; y el enmudecimiento.

De la nostalgia

¿Por qué la relevancia de la nostalgia hoy? Yuval Harari (2018) argumenta que los grandes relatos que orientaban el orden social, o que al menos establecían proyectos y promesas (liberalismo, comunismo y fascismo) fueron fracasando, y con ello dejaron huérfanos a los sujetos de una experiencia de pertenencia. Esa orfandad, que se mezcla con una anomia generalizada en el sentido durkheimiano, a lo cual podría agregarse un desamparo colectivo, se va construyendo como un contexto posibilitador para las nostalgias.

Lo paradójico es que añorar un supuesto hogar como respuesta a la incertidumbre no se ha agotado únicamente en la “política del primer sector,² sino que también es recurrente en el imaginario revolucionario. Amador Fernández Savater (2018) menciona que hay cuatro imágenes que se constituyen como arquetípicas en la representación

² Diferenciamos aquí entre “política del primer sector” (gobierno, partidos políticos, etc.) y “política del segundo sector” (movimientos sociales, asociaciones civiles, etc.).

contemporánea de la revolución: la Revolución Francesa, la Revolución Cultural China, la guerra de posición de Gramsci y los feminismos. Todo lo anterior, conjuntamente con los nacionalismos más radicales, posicionan a la nostalgia dentro de un juego de relaciones.³

El hecho revolucionario que ofrece la nostalgia es vivir la experiencia de pertenecer y la certeza de una morada. Por ejemplo, si una revolución es una ruptura, una discontinuidad, la Revolución Francesa rompió con los procesos históricos previos a su emergencia, de tal manera que la búsqueda de un nuevo sujeto se asentó en la proximidad revolucionaria y la demanda de pertenecer a una nueva morada, en este caso, la República.

Si de la nostalgia se ha develado su principio de remembranza del hogar, permeando hoy a la política en todas sus dimensiones, es importante profundizar en su origen e historia. Como ya se ha señalado, el término “nostalgia” surgió en la medicina y fue considerado una enfermedad (Boym, 2015). Estudiada por el médico suizo Johannes Hofer (1688) en el siglo XVII, describía el anhelo de regreso a la patria natal vivida por algunos migrantes que, por cuestiones de estudios, debían moverse a Basilea (citado en Boym 2015). La añoranza de regresar transitaba a una obsesión con síntomas fisiológicos importantes, desde la pérdida de apetito hasta principios de esquizofrenia con alucinaciones y delirios. Posteriormente, en tiempos de guerra, se exacerbó la enfermedad cuando los soldados salían de sus países para honrar a la patria y combatir en nombre de todos. En otras palabras, la nostalgia es un sentimiento de extrañeza ligada al anhelo de regresar al hogar.

Como toda enfermedad, la nostalgia tenía una cura: la mezcla de opio, sanguijuelas y el retorno al lugar deseado. Añorar, evocar, recordar, eran el principio activo de dicha enfermedad. Cuenta un relato de San Buenaventura que San Francisco, agonizante, presencia la llegada de un ángel músico que tocaba las canciones de su juventud para mitigar su nostalgia. Para Svetlana Boym (2015), la nostalgia es una *emoción histórica*, cuyo origen moderno eran los conflictos europeos que concluían con éxodos y exiliados. Salir del terruño en el siglo XVI a otros pueblos, ciudades y culturas —fuese por estudios o por guerras— era el primero de los movimientos para vivir una necesidad de retorno. En esta línea, la nostalgia es una *emoción* —en cuanto a respuesta conductual, cognitiva y afectiva de miedo, incertidumbre, desconfianza y tristeza— y es *histórica* porque nace en las coyunturas de un siglo plagado de guerras y migraciones.

Podría pensarse que la nostalgia es anterior a la modernidad. Desde Ulises atravesando mares, islas y montañas para regresar a su natal Ítaca, hasta Moisés cruzando el desierto durante cuarenta años para volver a la Tierra Prometida, los relatos antiguos de un retorno utópico han estado presentes. Ahora bien, Svetlana Boym (2015) explica que la diferencia entre la nostalgia y el mito antiguo del regreso radica en el carácter médico y el proceso subjetivo-político que envuelve a la nostalgia. Regresar, como mito, no empieza ni termina con Ulises ni con Moisés. Es un hecho históricamente colectivo nunca concluido, mientras que la nostalgia es una experiencia psicosocial centrada particularmente en la fantasía del retorno hasta convertirse en una enfermedad social e histórica.

³ El concepto “juego de relaciones” es usado por Jacques Derrida en su texto *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*. Por “juego de relaciones” o “juego de la estructura” Derrida (1966) entiende la relación que toma un elemento frente al centro en una estructura que sirve para orientar y organizar el orden de un sistema.

La nostalgia es, sobre todo, una forma de rebelión contra la idea moderna del tiempo que avanza y progresa. Si Walter Benjamin (2018), en sus *Tesis sobre la Historia*, considera que el progreso es un tren sin frenos que no va a ningún lugar, la nostalgia considera que avanza hacia el pasado.

Asimismo, la nostalgia se instituye como un *ethe*⁴ contemporáneo por encima de otras emociones, incluyendo la melancolía, la añoranza, etc. Al respecto, señala William Bieke (2013), “¿Cuál es la diferencia entonces entre la melancolía y la nostalgia? Boym intenta definirla argumentando que, desde el inicio, la nostalgia ha sido considerada una enfermedad mucho más ‘democrática’ —es decir, menos intelectual— que la melancolía, detrás de la cual se encuentra toda una tradición iconográfica y literaria” (p. 144).

La nostalgia fue descrita como enfermedad en el siglo XVII, pero tomó su forma moderna solo hasta el siglo XX cuando, en la creación de las utopías nacionalistas, la nostalgia pasó de ser una emoción histórica recurrente en la filosofía, la literatura y la guerra para convertirse en una política institucional y estatal (Boym, 2015). La razón principal de lo anterior es que la nostalgia fue una manera de construir la historia “oficial”, que priorizaba lo mítico por encima de otras dimensiones. El pasado, para la nación, debía proveer un contrato emocional y social, y sin hechos nostálgicos (repletos de sacrificio, gloria y monumentos —materialidad) resultaba irrealizable.

Nostalgia restauradora y nostalgia reflexiva

El peregrinaje de la nostalgia acaba cuando pasa de ser una emoción histórica a convertirse en el síntoma de una época. Según Svetlana Boym (2015) en su libro *El futuro de la nostalgia*, existen dos tipos de nostalgia: la restauradora y la reflexiva. Ambas son la búsqueda de un hogar y de pertenencia, pero se escinden en sus procesos. Mientras que la primera se centra en la fidelidad del recuerdo, la segunda se concentra en la imperfección e imposibilidad de reproducir fehacientemente el pasado. Al respecto, escribe la autora rusa,

Estos dos tipos de nostalgia no son categorías absolutas, sino más bien tendencias, modos de dotar de forma y de significado la añoranza. La nostalgia restauradora pone énfasis en el *nostos* y su finalidad es reconstruir el hogar perdido y remendar los huecos de la memoria. La nostalgia reflexiva se centra en el *algia*, en la añoranza y la pérdida en el proceso imperfecto del recuerdo (Boym, 2015, p. 73).

Para entender la nostalgia restauradora, tema central de este ensayo, es necesario incluir en el análisis a los nacionalismos. La razón es que estos (religiosos, políticos, culturales) comparten la idea de que la nación existe desde tiempos inmemorables y, gracias a los vestigios arqueológicos, hacen creer que hay una constante en la identidad particular de una localidad. Se despolitizan y descomplejizan las luchas por la identidad para arroparse en un relato mítico y emocional sobre un espacio social y de experiencia (Billig, 2014).

⁴ Ética.

¿Por qué la nostalgia restaurativa resulta tan seductora a los nacionalismos? Por la capacidad de hacer pasar las tradiciones como costumbres. Boym (2015), siguiendo el afamado texto de Hobsbawn (2002), *La invención de la tradición*, explica que la nostalgia inventa supuestas tradiciones que se hacen pasar como costumbres ancestrales, a sabiendas de que son ficciones producto de condiciones históricas particulares. No es que las costumbres sean rígidas o “naturalmente” invariantes. Más bien, las tradiciones tienen un carácter volátil e inmanente, y pueden ser objeto de manipulaciones, sobre todo, políticas. En otras palabras, la nostalgia restauradora hace ver lo socialmente construido como algo natural y ontológico.

¿Por qué se debe recordar un hecho por encima de otros? ¿Cómo se llega a añorar una versión del pasado por sobre otros? La respuesta reside en que la memoria restaurativa crea prácticas de conmemoración con el objetivo de performar una autoridad moral que jerarquiza los recuerdos y sus afectos. La nostalgia restauradora es, en este sentido, una forma de dar sentido al pasado que se basa en la búsqueda de la verdad absoluta. En el caso de los nacionalismos, bajo el arraigo de la nación.

Las dos dimensiones de la nostalgia restauradora son la reconstrucción de los orígenes y la teoría de la conspiración (Boym, 2015). La reconstrucción de los orígenes en los nacionalismos comienza con la tierra y su relación con la verdad. Como explica el escritor y ensayista Amin Maalouf (2015), “La tierra natal en el sentido de residencia de una vida verdadera y una existencia espiritual no es este u otro territorio porque la tierra en sí también se vuelve poseída por verdad y calidad en su relación con el cielo” (p. 43). De la tierra se pasa a la deidad y a su restauración, añadida a una política de la memoria basada en la originalidad que se hace constante. De ahí viene la idea de los *nativos* u *originarios* que pueden rescatar el pasado perdido en los cruces y mestizajes. Boym (2015) resume lo anterior cuando expone: “Se considera que la historia moderna es la realización de una profecía ancestral” (p. 75).

La nostalgia restauradora es una estrategia de reminiscencia que opera haciendo del pasado un hecho fundante, y del presente algo transitivo: moverse al hogar, ir de un lugar a otro buscando la morada prometida (que obviamente tiene un sinfín de potencialidades desconocidas). La nostalgia restauradora hace ver a los pasados como sueños; una imagen perfecta que articula los modos de ser, pensar, sentir y decir de los individuos frente a lo acontecido en su nación.

Restaurar es retornar al *stasis*, al original, sin importar si su tiempo histórico es cercano o lejano. Dicho de otra manera: la nostalgia es un asunto que complejiza las relaciones con la memoria, el tiempo y la fantasía (Boym, 2015). La carencia de un arraigo emocional, rasgo propio de la orfandad actual, forja la necesidad de un discurso mítico acerca del pasado y, con ello, una demanda creciente de retornos.

Las teorías de la conspiración en la nostalgia restauradora se asemejan a proyecciones o delirios. Conspirar, explica Boym (2015), es respirar juntos, y es necesaria una trama paranoica de conspiración para fantasear con el hogar perdido. En otros términos, ante el miedo, el peligro o las amenazas, el hogar único cumple una función emocional trascendental, que es el cuidado. Los nacionalismos utilizan la memoria restauradora para implantar un régimen de sensibilidad acentuado en la inseguridad y la confusión. Aparece

un Otro⁵ que impide el retorno al hogar porque resulta ser un enemigo histórico. El nacionalismo, para crear su identidad, construye al Otro como un contrario. Tal es el caso de Donald Trump en relación con los migrantes mexicanos, o el de Viktor Orbán con los refugiados musulmanes. La nostalgia restauradora conforma una comunidad imaginada basada en la exclusión del Otro y el levantamiento de un “nosotros” radical y diferenciador. Boym (2015) advierte lo anterior de la siguiente manera: “Ellos conspiran para impedir *nuestro* regreso al hogar, y, por tanto, *nosotros* tenemos que conspirar contra *ellos* con el fin de restituir *nuestra* comunidad imaginada ([énfasis añadido] p. 76). Las teorías de la conspiración son caldo de cultivo de fanatismos violentos (Oz, 2013) y, en el ocaso del segundo milenio, abundan en distintas geografías desde los supuestos complots judíos o masones, pasando por los *Iluminati*, hasta las contemporáneas visiones catastrofistas sobre la tecnología. Esas peligrosas conspiraciones se curan, desde la visión de la nostalgia, con el regreso al hogar y el retorno a la morada.

Las ejemplificaciones de Boym (2015) sobre la nostalgia restauradora se encuentran en el arte. Por ejemplo, en la técnica homónima de la restauración de obras de arte, que consiste en reparar los colores, pinturas, barniz, hilos o restituir materiales de las obras para crear la percepción de que el tiempo no pasó. Asimismo, la autora rusa menciona las monumentales reparaciones llevadas a cabo en el siglo XX en la Capilla Sixtina. La nostalgia restauradora busca crear una imagen de tiempo inalterable, conservada y, sobre todo, vigente. A lo anterior agrega Boym sobre este tipo de nostalgia: “[e]l pasado no tiene por qué mostrar signos de decadencia; hay que pintarlo de nuevo, conforme a la “imagen original”, para que sea eternamente joven” (2015, p.83). Lo mismo aplica en la política, ya que los distintos discursos nacionalistas buscan producir una idea inalterable de la nación que, tal vez restaurada por sus convicciones (las de los nacionalistas), hoy se descubre sin el paso del tiempo y creando expectativas con los escenarios de lo que pudo ser y no fue.

Por otra parte, no podemos dejar de hacer referencia a la nostalgia reflexiva. Aunque no es el tema central este ensayo (las razones de lo anterior se expondrán en la discusión posterior), consideramos que sí cabe hacer referencia a ella, destacando principalmente sus diferencias con la nostalgia restauradora. En este sentido, la nostalgia reflexiva no busca recrear un pasado tal cual es. Sueña más de lo que recuerda, imagina más de lo que conmemora. Lo reflexivo de esta nostalgia permanece en la aceptación de la finitud del recuerdo que puede ir y volver, cambiar, mutar y deformarse con el paso del tiempo. Por eso mismo es más cercana al devenir cultural que a los nacionalismos. Boym (2015) distingue a la nostalgia reflexiva de la restauradora en sus modos de reproducirse. Una nostalgia, la restauradora, busca símbolos pictóricos. La reflexiva, en cambio, se reproduce por la vía narrativa. La nostalgia restauradora construye una totalidad llamada hogar y, con ello, los rituales y emblemas de su originalidad. La nostalgia reflexiva pone de relevancia la fragmentación. Puede añorar y a la vez criticar. No es solemne. Puede ser cínica o cómica y marcar una distancia con la patria natal. La nostalgia restauradora basa su narrativa en el binomio paraíso-catástrofe. El Edén es el hogar, lo que fue, y la catástrofe es no regresar allí. La nostalgia reflexiva no tiene un *telos*, un fin. Sólo se agencia

⁵ Lacan (2008) en su Seminario XVI llamado *De un otro al Otro*, donde el autor francés hace una distinción entre el otro con minúscula y el Otro con mayúscula, el gran Otro. El nombrado “otro” con minúscula es el semejante, aquel que goza de ciertas diferencias, pero resulta semejante para el sujeto. Mientras que el “Otro”, con mayúscula, es la negación de la propia identidad y el límite de toda objetividad.

en las potencialidades históricas, políticas, estéticas y narrativas que tienen los recuerdos en los niveles individuales, colectivos y societales (Boym, 2015). En resumen: la nostalgia restauradora es excesivamente idealista y busca un embellecimiento del pasado, mientras que la nostalgia reflexiva simula, tantea y provoca. No regresa “como si” “jugara a regresar. Es más virtual que real, más narrativa que informativa.

La franja amarilla y la nostalgia

¿Dónde está la franja amarilla?⁶ encierra un conjunto de argumentos acerca de los males y debilidades que agobian a Colombia y sobre cómo el país se escinde, no solo política, sino radicalmente en el mundo de vida, a partir de pertenecer a la clase que gobierna o a la clase que es gobernada.

Los que gobiernan viven, según el autor, una realidad inentendible para el gobernado. Esta confusión se encausa en dos fracasos: en el del Estado y su tarea de vivir cívicamente en comunidad, y en la capacidad de narrar los propios acontecimientos. El texto explica que lo que le falta a Colombia es una identidad (históricamente pérdida), civismo, una clase dirigente a la altura de las necesidades, educación, sortear la desigualdad, y maneras de resolver los conflictos por vías que no sean las de la violencia.

Algunas personas coinciden (Bernal, 2016; Bolaños, 2016) en que la franja amarilla es una metáfora de la bandera de Colombia (franjas amarillas, azules y rojas, en ese orden). El bipartidismo —liberales (rojos) y conservadores (azul)— llevó al país a una frustración social, económica y política en el proyecto llamado el *Frente Nacional*⁷. La franja amarilla sería una tercera opción⁸.

¿Quién es el autor? William Ospina no es sólo un escritor colombiano. Es, quizás, uno de sus últimos intelectuales y pensadores. Nacido en Herveo, Tolima, el 12 de marzo de 1954, fue testigo de la violencia bipartidista, así como de la corrupción de liberales y conservadores. Empezó su carrera en las letras como poeta, pero el éxito llegó con sus ensayos y, en los últimos años, con las novelas. Es un autor prolífico que puede transitar por distintos modos de narrativa y prosa. En 2009 fue ganador del premio Rómulo Gallegos por su obra *El país de canela*.

La franja amarilla (1997) es un ensayo. Del ensayo como género se ha hablado hasta la saciedad, así como de sus tradiciones y autores (Montaigne, De Quincey, Woolf,

⁶ Es un texto publicado en 1997 por el escritor colombiano William Ospina. El texto se cataloga como un ensayo y consta de cuatro pasajes: *Lo que le falta a Colombia*; *Colombia, el proyecto nacional y la franja amarilla*; *Sobre Bogotá*, y *Estanislao Zuleta: la amistad y el saber*.

⁷ El Frente Nacional es un régimen de coalición bipartidista (liberal-conservador) de un periodo comprendido de 1958 a 1974 que gobernó a Colombia. Liderado por Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez Castro, con objetivo hacerle frente a Gustavo Rojas Pinilla. El régimen consistía en que por cuatro años gobernara el Partido Liberal y por cuatro años el Partido Conservador, dejando otras alternativas políticas al margen.

⁸ Paradójicamente en 2005 nace un partido originariamente —autodenominado— de izquierda, el Polo Democrático Alternativo, cuyo color de identificación fue el amarillo.

Chesterton, entre otros). William Ospina escribe ensayos que migran a análisis políticos o argumentos académicos, pero que retornan a la base literaria del ensayo: probar por uno mismo.

Siguiendo a Luigi Amara (2012), ensayista mexicano, en el ensayo se trata de “avanzar por el terreno solitario de la subjetividad, de espaldas a las doctrinas establecidas, con el fin de sopesar un asunto, cualquiera que este sea, en la báscula interna, someterlo al escrutinio de la experiencia personal” (2012, p. 1). Y eso hace Ospina: entregarse por completo a la pregunta SOBRE Colombia. Busca saber qué es Colombia para saber quién es él mismo. En el final de la primera parte del ensayo, Ospina (1997) escribe: “No son más que esfuerzos por entender lo que somos; un escritor tiene el deber de ser parte de su tierra y de su época” (p. 2). Y es que la *Franja Amarilla* puede resumirse como una breve historia de la Colombia, la tierra del autor, durante el siglo XX, su época.

¿Qué tiene que ver la nostalgia con el texto de William Ospina (1997)? La respuesta se reduce a una imposibilidad discursiva. En las sesenta páginas del ensayo hay una tendencia a la nostalgia restauradora que no termina de concretarse. Sin embargo, tampoco muta a una nostalgia reflexiva. Se explicita una necesidad de retorno. Pero ¿a dónde? No hay hogar. En el texto *Lo que le falta a Colombia*, Ospina comienza con un relato del escritor colombiano Gabriel García Márquez acerca de un mendigo que vive en un paraíso, y Ospina asemeja a los colombianos con el mendigo que, viviendo en la gloria, siguen siendo mendigos. La pregunta es: ¿de qué está hecho ese paraíso? Y la respuesta, curiosamente, no se refiere a una nostalgia política como sí ambiental: recursos hídricos, montañas y selvas, que hacen de Colombia un territorio “elegido”.

El texto de Ospina (1997) está anclado a una tradición ilustrada que considera que en la educación y los valores reside la esperanza. Pero no hay un despliegue totalmente nostálgico ni la búsqueda de una grandeza pérdida en el transcurso del tiempo. ¿Cuáles son las razones para esa imposibilidad nostálgica? Los argumentos se reducen a dos condiciones del pasado de Colombia que dificultan la imagen de un refugio, la idealización de un hogar o, simplemente, el testimonio de alguna grandeza. Estos argumentos se reducen en dos ideas: el Estado como desencanto colonial y el enmudecimiento.

El Estado y el desencanto colonial

Ospina (1997) hace una radiografía de Colombia partiendo de sus orígenes republicanos. Se supone que Colombia es descendiente político de la Revolución Francesa y sus valores de libertad, legalidad y fraternidad, pero no es así. Colombia, dice el autor tolimense, es más cercana a una sociedad colonial y señorial, con una estructura de clases sociales marcadamente desigual.

Ahora bien, ¿por qué el colonialismo? El colonialismo es más que una relación asimétrica entre colonizadores y colonizados. Por ejemplo, para Franz Fanon (2009), implica una consecuencia subjetiva y política: la negación de sí mismo y el deseo de ser Otro. Fanon dice en su célebre libro *Piel negra, máscaras blancas*: “El negro quiere ser blanco” (2009, p. 44). El autor de Martinica entiende el colonialismo no solo como un régimen político, social, económico y cultural, sino como un régimen del deseo y la subjetivación

que tiene consecuencias directas en el mundo de vida de la población colonizada. Y eso mismo pasa, según Ospina (1997), con Colombia: quiere ser otro que no es. Para el autor tolimense los procesos sociales colombianos siempre han seguido pautas extranjeras y se han hecho pasivos frente a su realidad, desembocando en que nada funcione.

Ospina (1997) considera que hay un colonialismo objetivo. Colombia, antes de ser Estado, fue una colonia española y sus cimientos sociales se formaron en las dinámicas coloniales de los amos y la servidumbre, los mestizajes y la violencia. Alguien podría decir que así fue en toda América Latina y verdad no le faltará. Pero en otros lugares vivieron procesos de transformación a partir de revoluciones, levantamientos y conflictos con claros vencedores que pusieron en marcha su proyecto de patria. En Colombia no. Si hay algo borroso en la historia colombiana es la dificultad de responder sobre quién ha ganado las guerras, los conflictos y los levantamientos.

En una historia sin vencedores la nostalgia es un imposible. Para la nostalgia la identidad es necesaria, porque es a partir de ésta que se traza un camino; se vuelve a lo que se fue, y el Estado juega un rol esencial en las políticas del recuerdo identitario del último siglo. ¿Cómo construir un hogar sin identidad? A lo que Ospina (1997) responde que en Colombia el Estado funciona acorde a los intereses particulares y el ejercicio del recuerdo no ha estado presente en sus políticas. El autor tolimense define que el Estado colombiano vive dos procesos simultáneos. Por un lado, como un Estado que no existe en absoluto. Por el otro, como Estado que existe infinitamente. No existen las tareas básicas que debe asumir cualquier Estado, tales como educación, salud y bienestar. Sin embargo, sí existe como una parte del conflicto armado.

La colonia hizo que los cimientos que dan origen a Colombia se hubieran instituido sobre una atmósfera bélica cuyas consecuencias son múltiples. Desde guerras que no aportaron transformaciones políticas profundas hasta una identidad desvanecida. Describe el autor que en Colombia la política ha sido secundaria a la violencia y nunca se han encontrado en un ejercicio común.

Ospina (1997) recurre al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán⁹ para reforzar el argumento de la falta de comunidad e identidad. Afirma en este sentido: “creo sinceramente que después de Jorge Eliécer Gaitán ningún político ha vuelto a pronunciar palabras que de veras instauren una comunidad, unos lazos de solidaridad entre los colombianos (Ospina, 1997, p. 15). En un primer momento, se puede pensar que se establece una nostalgia sobre Gaitán, pero el peso del acontecimiento histórico de su asesinato revela que no hay nostalgia de lo que fue, sino de lo que pudo ser. Gaitán representaba un cambio en las condiciones sociales del país que, por la violencia quedó aplazado e inconcluso. Y con ello, el material de su nostalgia.

La nostalgia es la idea de retornar a un espacio que se asemeja a un hogar. Pero ¿qué hogar puede emerger en contextos de violencia interna extrema? Colombia ha vivido

⁹ Jorge Eliécer Gaitán nació el 23 de enero de 1903, Cucunuba, Colombia. Cursó estudios en Derecho y fue jefe único del partido liberal, pertenecía a la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), al poco tiempo se disolvió para vincularse al Partido Liberal. Se hizo popular por las intervenciones en el debate de la masacre de las Bananeras de 1928. Fue asesinado por Juan Roa Sierra y se produjo “El Bogotazo”, una serie de disturbios que vivió la capital y que derivó en el periodo de la guerra civil llamada La Violencia.

desde el siglo XIX, y a lo largo de todo el siglo XX, una cantidad importante de guerras civiles que hacen pensar en el término de “Guerras civiles endémicas”.¹⁰ Es decir, las guerras civiles como metáfora de la enfermedad de un territorio que padece una epidemia bélica que se contagia de localidad en localidad hasta alcanzar una dimensión nacional.

Desde 1812, y hasta la actualidad, Colombia ha vivido conflictos internos que han dejado más que asesinatos y despojos; también han arrojado una fragmentación de la memoria y una disputa por quién determina la agenda del recuerdo y el olvido. Lo anterior no permite que emerja una imagen total sobre la nostalgia. En un conflicto interno y permanente no hay tiempo para la reflexión sobre el pasado, para una política de la memoria ni mucho menos para añorar un espacio compartido. Las narrativas de la historia se separan en extremos irreconciliables: víctimas y victimarios, mártires y homicidas, buenos y malos, imposibilitando una unidad nostálgica compartida. En Colombia, históricamente, ni el Estado ni la nación pueden principiar la tarea de la unidad por el desencanto que generan. Así lo dice Ospina (1997), “El cuadro que nos ofrece la Colombia de hoy, intimidada por sí misma, acorralada por sí misma, hundida en un nudo de guerras crueles y estériles, donde todos los que obtienen algún beneficio cierran los ojos y se dicen de nuevo que es sólo por ahora, que ya pasará la tormenta” (p. 15).

Lo anterior puede rastrearse desde el colonialismo, porque ha inspirado a pensar en una distinción entre buenos y malos, producto de la violencia, la injusticia y la desigualdad que provienen desde la época históricamente colonial. Existe un colonialismo interno que resulta ser la “herencia” viva alojada en la subjetividad misma, en los deseos y en la identidad bajo los códigos de la dominación. El colonizador no solo coloniza por la fuerza; comienza a imprimir también modelos de comportamiento, civilizatorios y subjetivos, en la cultura colonizada que van arraigando el abuso y la autoridad moral de unos sobre otros.

La lectura que hace Ospina (1997) en su ensayo es que la debacle histórica de Colombia ha beneficiado siempre a la intervención extranjera en los ámbitos políticos, educativos, económicos y culturales. El Estado colombiano, señala William Ospina, es un descendiente de las dinámicas coloniales y señoriales que no pueden cumplir sus funciones mínimas de bienestar social, paz, dignidad. Por el contrario, es un constructo burocrático. Señala al respecto: “[e]l Estado colombiano es un Estado absolutamente antipopular, señorial, opresivo y mezquino, hecho para mantener a las grandes mayorías de la población en la postración y en la indignidad” (Ospina, 1997, p. 8).

Para construir nostalgias, explica Boym (2015), se necesita, por lo menos, compartir recuerdos y confiar. Si existe una fijación entre los nacionalismos en relación con la nostalgia, en Colombia, indica Opsina (1997), no hay un contexto que posibilite idealizar un hogar si no hay un Estado que lo gestione a nivel psicosocial. En sus palabras,

¹⁰ Desde 1812 hasta 2016 Colombia pasó por las siguientes guerras civiles: Guerra entre federalistas y centralistas (1812-1815), Guerra de los Supremos (1839-1842), Guerra Civil de 1851, Guerra Civil de 1854, Guerra Magna (1860-1862), Guerra de las Escuelas (1876-1877), Guerra Civil de 1884 y 1885, Guerra Civil de 1895, Guerra de los Mil Días (1899-1902), la Violencia (1948-1958) y Conflicto Armado Interno (1960-“2016”).

Y nos gustaría que el Estado colombiano, que ya ha obligado a la nación no sólo a vivir sin estímulos y sin protección, sino a vivir a pesar de sus instituciones, se convirtiera en un Estado mínimamente eficaz en las cuestiones básicas de interés público que le atañen, dejara de ser un instrumento para defender privilegios y garantizar desigualdades, y nos diera, como quería Borges de todo Estado (p. 16).

¿Qué se puede recordar colectivamente si hay una desconfianza por el Otro? Una de las consecuencias más violentas del colonialismo es el odio interno de los colonizados: ver a su semejante como la amenaza y el culpable de todas las desgracias. Si el Estado no propicia espacios, la nostalgia solo puede surgir como una experiencia individual, presente, sobre todo, en los migrantes, pero aislada de vivencias colectivas o comunitarias. Ospina (1997) explica en su ensayo que la nostalgia no llega, cuando afirma; “[n]adie viene a repetirnos que Colombia fue una gran nación y que se fundó sobre grandes ideales” (p. 9). Pero en el resto del ensayo no hay una profundización de esta idea. La supuesta grandeza de Colombia se le diluye al autor discursivamente cuando construye una idea de los colombianos básicamente como supervivientes del Estado.

La nostalgia restauradora no opera porque no hay un espacio seguro al cual regresar. Se vive perpetuamente, según el autor tolimense, en un territorio repleto de incertidumbres, miedos y peligros. Para retornar a un hogar, primero se necesita la experiencia de pertenencia y tranquilidad que se desprende del mismo. No obstante, ese no es el único problema. A nivel subjetivo, los colombianos no pueden vivir una nostalgia debido al enmudecimiento histórico que produce el conflicto.

Enmudecimiento

Es necesario aclarar que en los últimos años existe una rebelión contra el enmudecimiento histórico que arrojó el conflicto. Cada vez más, las víctimas de la guerra han lanzado sus palabras a la luz pública y, de este modo, se han llegado a conocer los terribles testimonios de lo que ha acontecido en Colombia durante los últimos cincuenta años. Es ineludible decir que, en el contexto de los años noventa, cuando William Ospina (1997) comenzó a escribir *¿Dónde está la franja amarilla?*, sí existía un desconcierto, un anonadamiento, un aturdimiento, un enmudecimiento sobre los niveles de violencia del conflicto.

Por *enmudecimiento* se entiende el fenómeno de no encontrar las palabras para nombrar el horror de la propia experiencia. Walter Benjamin escribió un texto titulado *El narrador* (2005) denunciando la falta de relatos y la incapacidad que se sufre para narrar algo significativo en el contexto de la guerra. Entre mayores son los horrores, menos palabras existen para describirlos. El autor judío considera que el mal del mundo capitalista y de guerra es el enmudecimiento de su propia experiencia.

Ospina reconoce que en Colombia hay una incapacidad verdadera para generar un relato propio y apalabrar los infortunios que históricamente han acontecido. El *enmudecimiento* no sólo bloquea cualquier tipo de nostalgia (concepto primordialmente discursivo), sino también la capacidad de ser testigos. Agamben (2010), en su texto sobre *Auschwitz*, hace una distinción etimológica de la palabra “testigo”. La primera es la palabra

terstis como un tercero excluido y neutral, que puede dar cauce objetivo a un juicio entre dos contendientes; idea comúnmente utilizada en derecho. La segunda acepción es *supertes*, que hace referencia a un superviviente que comparte acontecimientos, experiencias y decide darle vida a un testimonio, lo que Benjamin (2005) nombrará como narrador; sujeto que tiene la capacidad de romper el enmudecimiento.

Para Ospina (1997), dentro del texto, los colombianos han renunciado a su rol de testigos y han decidido replegarse de la vida social a una vida privada y personal, anclando su proyecto de existencia en la subsistencia o supervivencia no colectiva. Por tal motivo, no hubo palabras por muchos años ni tampoco nostalgias. Si el material de la nostalgia son los recuerdos y estos, como enseña Halbwasch (1992), cada vez van perdiendo su significado original para convertirse en magmas afectivos, son necesarias las palabras para evocar, porque las palabras y las imágenes son los testigos del recuerdo.

La nostalgia es una forma de acción, sustantivo que deviene verbo. ¿A qué hogar retornar si no se puede ni nombrar? Quizás el objetivo de William Ospina (1997) es apalabrar una indignación colectiva, atrapar los acontecimientos en palabras, y con ello compartir con el mundo las imposibilidades que descubre de su país. Ospina es un testigo, un superviviente, que no marca una distancia con los hechos. Es parte vinculante y encarnada de los mismos. Esa Colombia despojada es también suya y en sus palabras encuentra la posibilidad de nombrar su horror y su trauma. El escritor tolimense rompe con la ausencia del testimonio.

Ospina (1997) denuncia la falta de un proyecto nacional político y ético que conjunte a los distintos sectores de Colombia en una aspiración común. Lo cierto es que para construir un plan es imperioso hablar de justicia y, por ello, sería necesario el lenguaje encarnado de las víctimas. La voz que apalabra no puede ser la voz de los poderosos, denuncia Ospina, sino más bien de las personas que han estado invisibles de acuerdo a las cifras ofrecidas por el Estado (cifras de asesinados, desaparecidos, secuestrados, desplazados).

Conclusión

El tema de la nostalgia en Colombia, desde la lectura de Ospina (1997), es apenas un proyecto. Hacer un país que deje la sensación de que en su ausencia algo se ha perdido.

Este ensayo buscaba mostrar la imposibilidad de la nostalgia en Colombia a partir del análisis de un texto del escritor William Ospina. Se concluye que no hay nostalgia, en el sentido de Svetlana Boym (2015), porque no emerge en el discurso ni una búsqueda de orígenes ni mucho menos teorías de la conspiración. Tampoco se desplaza a una nostalgia reflexiva, ya que el autor añora construir un pasado vinculante con el presente y el futuro, más que aceptar lo que pasó. Este ensayo hace un poco más inteligible el concepto de nostalgia en un contexto que no es ni Europa ni Rusia. Muestra las dificultades de hacer historia, memoria y nostalgias en lugares que viven guerras civiles endémicas que repercuten en la idea del Estado como actor militar y no como actor social, político o ético.

Quedan muchas líneas argumentativas por develar y quedan pendientes numerosos intereses de investigación, quizás empíricos, que aborden el tema de la nostalgia. Las

líneas que no fueron abordadas en este ensayo, pero que resultan atrayentes a nivel teórico, epistemológico y metodológico, son las de la migración de colombianos y su experiencia de nostalgia (¿qué extrañan? ¿A dónde quieren retornar?) y, por otro lado, la de los discursos políticos de la derecha colombiana que utilizan un sustituto de la nostalgia en el concepto *ambición*. La ambición de derrotar, la ambición de hacer rendir a las guerrillas, la ambición de venganza.

La nostalgia que puede emerger en Colombia es la de los futuros posibles, la que se pregunta por ¿qué hubiera pasado si...? ¿Qué hubiera pasado si Jorge Eliecer Gaitán no hubiera sido asesinado? Y en este sentido, los ex futuros, como los nombra Unamuno, lo que pudo ser, pero no fue, sustituyen el lugar del paraíso.

Bibliografía

- Agamben, G. (2010). *Lo que queda de Auschwitz: El archivo y testigo (Homo Sacer III)*. (trad. A.G. Cuspina). Pre-textos.
- Amara, Luigi. (5 de febrero de 2012). El ensayo ensayo. *Letras Libres*. Recuperado el 14 de diciembre de 2022, de <https://letraslibres.com/revista-mexico/el-ensayo-ensayo/>
- Benjamín, W. (2005). *El narrador*. (trad. R. Blatt). Taurus.
- . (2018). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. (trad. y ed. B. Echeverría). Ítaca.
- Bernal, A. (2016). *Bogotá: Realidades, delirios y ficciones*. Editorial Magisterio
- Bieke, W. (2013). Desarraigo y nostalgia. El motivo de la vuelta a casa en tres novelas chilenas recientes. *Iberoamericana*, XIII (51), 139-157.
- Billig, M. (2014). *Nacionalismo Banal*. (trad. R. García). Capitan Swing Libros.
- Bolaños Martínez, C.C. (2016). *Análisis crítico del discurso político en la franja amarilla de William Ospina*. Tesis de licenciatura, Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia. Recuperado el 14 de diciembre de 2022, de <https://repositorio.utp.edu.co/server/api/core/bitstreams/ac62d4ab-0997-4a07-8f22-b3f2147da7a3/content>
- Boym, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. (trad. J. Blasco Castiñeyra). Antonio Machado Libros.
- Chelius, L. (2015). La nostalgia como poder político. Aproximaciones metodológicas para el estudio del ejercicio político de los migrantes. *Revista enfoques*, 2(3), 35-54.

- Derrida, J. (1966.) *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*. Conferencia pronunciada en el College International de la Universidad Johns Hopkins, Baltimore, Maryland, EE.UU.
- Dussel, E. (1988). *Para una ética de la liberación latinoamericana*. Siglo veintiuno.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. (trad. I. A. Moreno). Ediciones Akal.
- Fernández-Savater, A. (14 de noviembre de 2017). Reimaginar la Revolución. Lobo suelto. Recuperado el 14 de diciembre de 2022, de <https://lobosuelto.com/reimaginar-la-revolucion-amador-fernandez-savater/>
- Galindo, C. (1981). La nostalgia como política. *Thesis: Nueva Revista de Filosofía y letras*, (11), 57-59. Recuperado el 14 de diciembre de 2022, de http://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/jspui/bitstream/FFYL_UNAM/6237/1/Thesis_11_1981_Galindo_57-59.pdf
- Halbwachs, M. (1992). *On collective memory*. University of Chicago Press.
- Harari, Y. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. (trad. Ros, J.). Debate.
- Hobsbawm, E. (2002). *La invención de la tradición*. (trad. O. Rodríguez). Crítica.
- Icart, B. (2017). La mente naufragada. Reacción política y nostalgia moderna. Debate. *Revista Internacional De Organizaciones*, (19), 213–216.
- Lacan, J. (2008). *Seminario XVI: De un otro al Otro*. (trad. N. A. González). Paídos.
- Maalouf, A. (2015). *Identidades asesinas*. Alianza Editorial.
- Ospina, W. (1997). *¿Dónde está la franja amarilla?* El País.
- Oz, A. (2013). *Contra el fanatismo y otros textos*. (trad D. Sarasola). Siruela.
- Rebón, M. (26 de julio de 2016). Enfermos de nostalgia. *El País*. Recuperado el 14 de diciembre de 2022, de https://elpais.com/cultura/2016/07/25/babe-lia/1469444748_955362.html
- Villoro, Luis. (2007). *Los retos de la sociedad por venir. Ensayos sobre justicia, democracia y multiculturalismo*. Fondo de Cultura Económica.